

ocuparse los diputados es de la sesión: unos escriben su correo, los otros leen periódicos, algunos dormitan con los piés en alto, y mientras, el orador se desgañita como un desesperado, como si predicara en desierto. . . .

—Algo dicen que hay de eso, dijo Francisco con cierta sorna, como quien no quiere aclarar paradas.

Son como trescientos diputados, y me hice cargo de ese dulce farniente de los elegidos de los pueblos.

Las galerías corren sobre todos los lados del rectángulo, teniendo los asientos en forma de gradas, como los teatros, lo que da cabida cómoda á muchísima gente.

En las galerías hay dos departamentos con destino particular; uno para los individuos del cuerpo diplomático; el otro para los periodistas, á los que se facilita recado de escribir y agua helada, que es un obsequio en la estación de los calores. El resto de las galerías se divide en dos partes, una para señoras y otra para el sexo masculino. Las señoras concurren en mayor número. El público asiste á las discusiones en perfecto silencio, no permitiéndose ni aplaudir á los oradores, ni mucho menos dar signos de reprobación. Ha habido aplausos en casos muy extraordinarios, como al sancionarse la enmienda al art. 15 de la Constitución, que dió igualdad de derechos á negros y blancos.

Ya hemos dicho que las comisiones todas tienen sus salones espléndidos; además, hay uno especial decorado con lujo extraordinario, donde recibe el *Speaker* á personas distinguidas y al Presidente de la República y sus ministros, en los días que señalan las leyes su presencia en la Cámara.

El techo del salón es de hierro colado y se ve como una obra artística de sobresaliente mérito; el tablero está dividi-

do en rectángulos cubiertos de cristales, y en esos claros están pintadas de mano maestra las armas de los Estados de la Unión.

En las noches, la vista es encantadora y como de un palacio de hadas: el edificio magnífico. La iluminación se hace por medio de una batería eléctrica y de un solo golpe, como si estallase súbito un incendio en rotonda, tránsito y salones.

Teníamos una hora disponible: salimos precipitadamente y vimos, así al paso, una pieza pequeña en que despacha la Corte de Justicia, y el Senado, que es de la misma forma, pero más pequeño que la Cámara de Diputados.

Antes de apartarme de aquel sitio, quise ver de frente el Capitolio.

A lo lejos distinguí, cuando yo salía, una gran estatua de Washington: unos dicen que tiene gran mérito; los otros la llaman el *Júpiter doméstico*, como quien dice, el león faldero.

Washington está sentado, con su toga romana, objeto de censuras: yo no puedo dar opinión, porque no pude examinar bien aquella escultura.

Hay un Colón en actitud de jugar á los bolos, que sería de mérito en cualquiera de nuestros Tívolis: allí me pareció de desgraciado efecto.

No opino lo mismo de un correcto y soberbio grupo que representa á una linda mujer con su niño en los brazos, amagada por el hacha de un salvaje, y contenido y sojuzgado por la mano vigorosa de un yankee. . . . Es el apoteosis de la civilización, su triunfo sobre la barbarie. . . . El pensamiento me pareció magnífico y desempeñado con gusto ad-

mirable: ¿qué mejor empleo de la civilización que proteger á la mujer y al niño? ¿qué manifestación más repugnante de la barbarie que el ultraje á los inocentes y á los débiles?

Aquellas actitudes, aquella acción, aquel conjunto, son de raro mérito, y me separé con repugnancia de ese grupo que bien merece detenido exámen. Este grupo hermoso es de Horacio Grinoffh, célebre escultor americano nativo de Boston, que murió en 1852.

Al salir por el interior del edificio para tomar el camino por donde venimos, me hizo notar Francisco la soberbia puerta de bronce que está al salir de la rotonda y tiene en relieve los paisajes más notables de la vida de Colon: aseguran que esa puerta costó cerca de treinta mil pesos.

—La Biblioteca! me dijo Francisco.

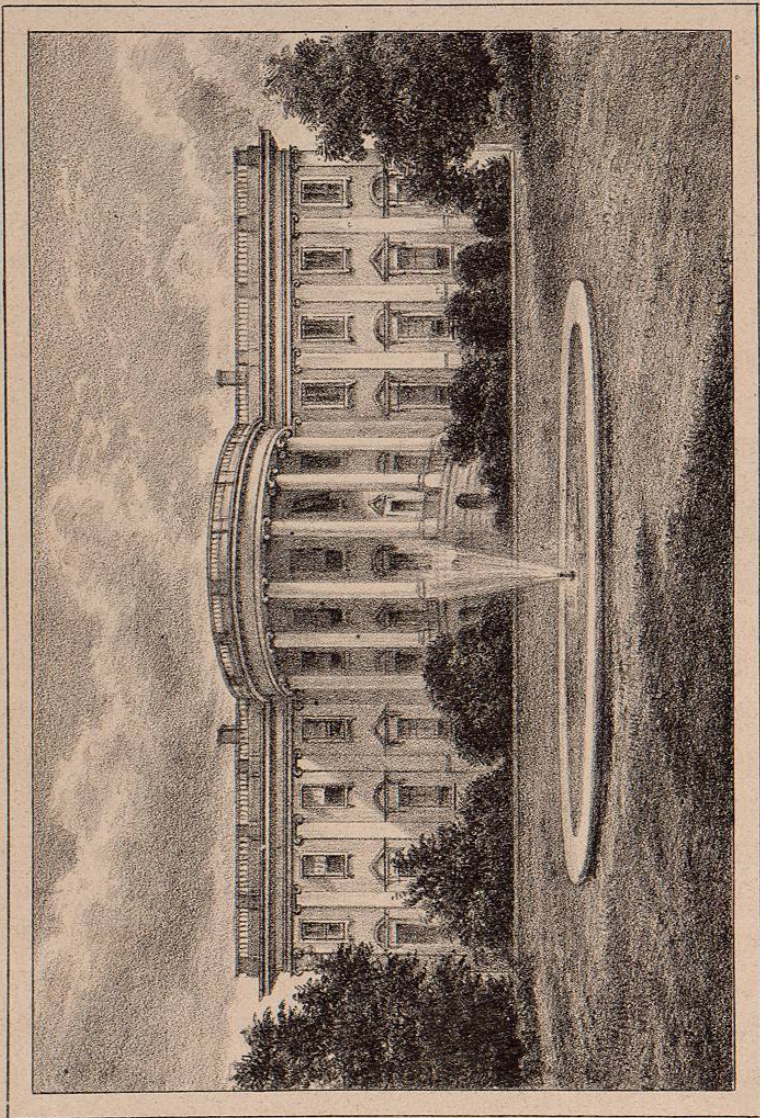
—Hermano, lo ves, yo no hay tiempo: tenemos tres cuartos de hora.

—Te pierdes de conocer una de las más hermosas bibliotecas del mundo, acaso solo la de Paris le iguale: tiene 300,000 volúmenes.

Estaba al frente de la opulenta Avenida de Pensylvania: dos líneas de verdes, juveniles y arrogantes árboles, marcaban la amplísima calle; de entre las copas de los árboles parecían salir los edificios á admirar el Capitolio, engalanados como para formarle desde léjos cortejo respetuoso.

A mi derecha distinguía varios edificios suntuosos: Francisco, conociendo mi deseo de informarme sobre lo que veía, me decía:

—Ese edificio en que te estás fijando, ocupa toda una manzana, ¿ves su extensión de 300 piés? Es el Correo. Costó 1.700,000 pesos.



LIT. H. INARTE, MEXICO.

La casa del Presidente.

El que está un poco más léjos, mediando solo el ancho de una calle, es el Ministerio del Interior. ¿Le ves blanquear? Es de mármol, como el Correo: contiene la famosa oficina de patentes, 120,000 modelos de distintas invenciones, distribuidos en cuatro salones inmensos. Allí se conservan con veneracion las prensas de Franklin. Ese edificio se incendió en 1836, destruyéndose los modelos acumulados en cerca de medio siglo; de suerte que el número de modelos que existe, es de 1836 á la fecha.

Esto prueba que en materias de invencion, estos hombres les dan la debida importancia. El Ministerio del Interior funge á modo de nuestro Ministerio de Gobernacion, y tiene á su cargo lo relativo á los indios, las tierras públicas, y como hemos indicado, las patentes de invencion.

Ahora ponte de frente, como quien ve el término de esta Avenida de Pensylvania.

El inmenso edificio de granito que tienes delante es el Ministerio ó *Departamento del Tesoro*. Es una copia su arquitectura del templo de Minerva: lo dirigió Walter, arquitecto del Capitolio. En él se fabrican parcialmente los *greenbacks* ó billetes de papel moneda; las labores de toda clase de ese Ministerio dan ocupacion á muchísimos empleados, entre ellos 800 mujeres que tienen generalmente sueldos de cien pesos y que han observado conducta irreprochable. La existencia que ahora tiene la bóveda para el oro, es de diez millones de pesos, entre monedas de este metal y certificados de depósitos existentes entre otras oficinas. El edificio consta de doscientas piezas.

—Ese edificio que está un poco atrás blanqueando entre los árboles, ese sí lo conozco, por la exactitud de las es-

tampas que he visto, dije á Francisco. Esa es la *Casa Blanca*.

—En efecto, continuó Francisco, esa es la residencia del Presidente de la República; el edificio es modesto, aunque está amueblado interiormente con bastante lujo.

Aquí tiene sus recepciones públicas el Presidente, y en ellas no se acostumbra más que saludarlo y darle la mano, pasando frente de él. Para hablarle de negocios se necesita pedirle audiencia por escrito, á no ser los altos funcionarios, á quienes recibe en horas determinadas.

Por supuesto tiene sus reuniones íntimas, á donde no van sino las personas de su parentesco y amistad particular.

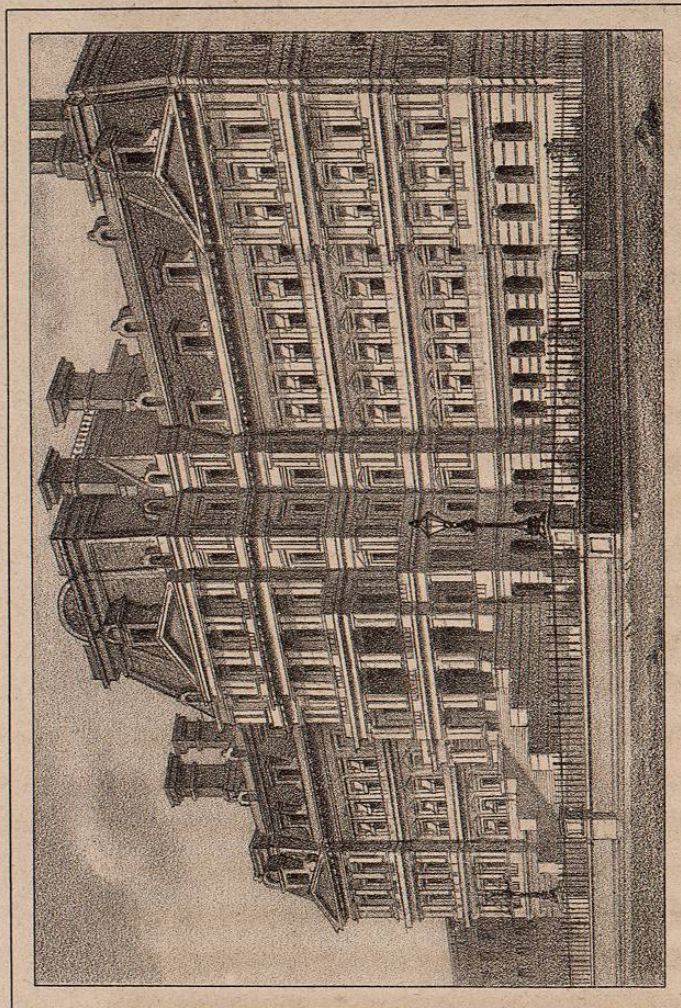
—Entonces, interrumpí á Francisco, ese *toro embolado* que hay en Palacio con el nombre de "Audiencias públicas," no lo conocen estos, aunque sean muy democráticos.

—Mira en esta misma direccion, sobre las copas de los árboles, esa masa: es la parte alta de un edificio magnífico. Ese es el Ministerio de Relaciones, que aún no está concluido. Cuando esto suceda, rivalizará en grandeza con el Capitolio, pues ha de comprender, á más del Ministerio citado, el Ministerio de Justicia ó sea del Procurador general. Ya sabrás que el Procurador general es aquí un miembro del Gabinete, y por lo mismo, nombrado por el Presidente.

Detrás de ese edificio, que tiene por frente principal al rio que corre á nuestra izquierda, hay dos grandes edificios viejos y de ladrillo, que son los Ministerios de la Guerra y el de la Marina. Nada tienen de particular, porque no es aquí particular que tenga cada oficina un ejército de empleados. Vuélvete un poco á la izquierda.

Lo hice así, como me lo decia Francisco.

VIAJE DE FIDEL.



Ministerio de Relaciones Exteriores.

Ví entónces el Instituto Smithsonian, que es de piedra roja.

Descuella el edificio de estilo romanesco entre el Capitolio y el Departamento de agricultura. El noble edificio fué instituido por el inglés James Smithson, *para el adelanto y difusion de los conocimientos científicos entre los hombres*. Tiene 447 piés de largo, 450 de ancho, y 9 torres de 75 á 150 piés de altura.

Contiene un Museo de Historia Natural, con muchas y valiosas muestras, arregladas en unos salones en que se ven y estudian colecciones metalúrgicas, mineralógicas y etnológicas.

Persona que debe saberlo me dijo, que entre las curiosidades que se notan en aquel Museo, hay un aerolito de gran tamaño, que tiene la figura de un anillo, y que lo llevó allí desde México algun *yankee* garboso, de órden de Dios que puede más que nadie. Le llaman el aerolito Ainsa, del nombre del sonorese que lo donó.

Sin fijarnos en el Departamento de Agricultura ni el Jardín Botánico, Francisco, viendo su reloj y arrancándome al panorama que contemplaba tan entretenido, me dijo:

—Fíjate bien en aquel edificio que está á la izquierda: es un hospital de mujeres dementes; recuérdame que te tengo que hablar de él.

A escape bajamos las escaleras y corrimos hácia la estación.

—Francisco, Francisco, no vimos ni me hablaste del monumento de Washington, que está tan hermoso en las Guías.

—Esa es manía de los fabricantes de Guías, dan por he-

cho lo que es proyecto: ya viste la Casa Municipal de California y la de Albany.

El monumento de Washington, aunque no levanta sino poco más de cincuenta varas del suelo, da lugar á que se diga en la Guía que tendrá 200 varas de altura, que lo van á poblar en su interior estatuas de los héroes, y qué sé yo qué más prodigios. Lo cierto es que ha costado 130,000 pesos, y que según todas las trazas, no concluirá.

El monumento está colocado en un terreno bajo y pantanoso inmediato al río Potomac. Todo el mundo critica su mala colocación: á causa de esto parece haberse enfriado el entusiasmo por continuarlo.

Hace cosa de dos años hubo grandes cuestiones, que tuvieron mucho eco en la prensa, sobre lo que se pudiera hacer con el monumento: unos opinaban por su demolición; otros por convertirlo en un arco triunfal, y otros por aprovechar el material para construirlo en otra parte. Se habló mucho de que se estaba hundiendo por lo falso del terreno; hubo, á consecuencia, un reconocimiento de peritos, que dejó las cosas en duda.

Hay cerca de ese principio de monumento un cobertizo donde se guardan varias piedras, generalmente de mármol, enviadas, para que formen parte de él, por los diferentes Estados de la Unión; todas ellas contienen alguna inscripción, explicando su origen, y conteniendo alguna expresión de afecto al padre de la patria. Hay algunas de naciones extranjeras, entre otras, una del Imperio Celeste.

En esto llegamos á la estación: un dependiente de un hotel puso en mis manos dos cartas de Nueva-York.

Eran de dos amigos sur-americanos muy queridos; uno

y otro me invitaban á detenerme en Washington. Me reservé para leer las cartas en el camino.

Gran disgusto manifestaba de no haber distinguido siquiera desde el Capitolio á *George-Town*, antigua ciudad situada en una pintoresca hilera de colinas en el Valle del Potomac. Es puerto de entrada del Distrito, y hay una línea de *stimbotes* que lo comunica con Nueva-York. Uno de sus puntos más notables es un Colegio de Jesuitas.